

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 4 DICIEMBRE 1897. NÚM. 49

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

ADVERTENCIA

La redacción y administración de EL MOTÍN, se han trasladado á la Plaza del Dos de Mayo, núm. 4, segundo.

RAFAEL DELORME

Le conocí cuando acababa de llegar del extranjero, donde se educó. Era un muchachote alto, fornido, coloradote. Había allí hombre para rato.

Hablaba con entusiasmo y convicción de todo lo que impulsa; miraba adelante, muy adelante, y creía en una porción de cosas, apolilladas hoy por falta de uso: la dignidad, el derecho, la justicia...

Redactaba, en unión de otros jóvenes, un periódico dedicado á combatir abusos en la enseñanza oficial y á pedir reformas. Tarea inútil.

Se preocupaba mucho de los que no tienen cama donde dormir el sueño intranquilo que sigue al hambre agravada por el frío.

Era alegre, con alegría sana, hermosa, comunicativa; le quedaba agradecido todo el que le hablaba.

Lo perdí de vista durante algún tiempo, pero á menudo veía su firma en varios periódicos, siempre al pie de trabajos que pedían algo para alguien.

Como este no es camino para llegar, cuando volví á verlo ya no era el mismo en la parte física; en la moral lo encontré más robusto aún.

Ciencia, historia, cuestiones sociales, de todo esto se ocupaba con gran competencia en diferentes publicaciones. Escribió varios libros, uno de ellos notable: *Los aborígenes de América*.

Vivía para los demás, sin reservarse nada para sí. Inteligencia, corazón, todo lo daba. Fué un pródigo formidable de afecciones y ternuras.

Muchos periódicos lo han calificado de *niño grande*. Lo era, mas le habría cuadrado mejor este otro calificativo: *hombre niño*. Porque era un hombre.

No conocía el odio, y tal vez esto haya acelerado su fin. Su gran corazón necesitaba algún contrapeso. Delorme ha muerto de una afección cardíaca. Un poeta diría que su corazón se vengó por haberle hecho funcionar sin medida.

Su delicadeza era mucha. Ya en el hospital y creyendo que se salvaría si mudaba de aires, fué á visitarle el doctor Esquerdo, y le ofreció cariñosamente llevarle á Villajoyosa para que se encargase de su curación el primer médico del mundo: *el clima*. Delorme rehusó. Después dijo á sus compañeros de *El País* que no había aceptado, porque no se creyera que variaba de partido. Nimiedad encantadora que lo retrata.

Llenaría este número elogiándole, y debería hacerlo por si no se me presentase ocasión de hablar de otra alma tan noble, tan buena... Pero hay que luchar contra los vivos que contribuyen á que vayan prematuramente al hoyo *esos muertos*...

Al ver el martes á las puertas del hospital de la Princesa de 200 á 300 hombres esperando la salida de un cadáver, y hombres todos inteligentes, los transeúntes pensarían que se trataba de un gran dispensador de mercedes que por capricho había querido morir allí...

Y no se habrían engañado; á cuantos estábamos allí nos había dispensado Delorme la merced de su amistad, y acudíamos á demostrarle nuestro agradecimiento, que durará lo que el recuerdo de lo mucho que él valía.

JOSÉ NAKENS

LA COSECHA

Está encima la hora de que la nación recoja en sangre, lágrimas y ruinas la semilla teocrática que la restauración ha sembrado. Y se verá perdida si no la esparce al viento para siempre.

Que no se quejen conservadores ni liberales de los carlistas; si ahora se levantan en armas, es porque ellos se las han puesto en las manos.

¡Qué años de mistificaciones, de mentiras y de vergüenzas los del 75 acá!

Mientras los demócratas y republicanos eran considerados como fuera de la ley por la constitución interna de los conservadores, los carlistas merecían las condiciones de casi aliados. Mientras Orovio, aquel ministro de funesta recordación para la enseñanza, cerraba institutos y colegios con el pretexto de que carecían de recursos para sostenerse, concedía existencia legal al Instituto fundado por los carlistas en Orduña y enviaba una comisión del instituto de Valladolid para examinar en aquel establecimiento.

Mientras se excluía de toda ley y de todo derecho al que era siquiera sospechoso de antidinastismo, el más autorizado órgano del gobierno pedía como contrapeso para sostener el equilibrio del sistema constitucional, los principios del partido tradicionalista prescindiendo de don Carlos, y llegando por la fuerza impulsiva del absurdo á decir «que entrando á formar parte de la situación, lograrían los carlistas su apetecido triunfo, ó lo que es lo mismo, imponer el verdadero derecho, la verdadera legitimidad y el verdadero patriotismo.»

Es decir, los conservadores soñaban con aquel *turno casi pacífico*... á ratos, de los buenos tiempos de Fernando VII, que consistía en que, unas veces ostensiblemente, otras hipócritamente y siempre en realidad triunfasen los absolutistas en el gobierno.

Los periódicos conservadores, secundando la campaña de la prensa neo-católica, hicieron

increíbles esfuerzos para «abrir las ostras por la persuasión», es decir, para reducir á los carlistas halagando sus instintos, oponiéndose al único sistema posible para cortar de raíz esa gangrena: el de la guerra en la misma medida que ellos la predicaban y la hacían.

Hemos dicho que su ideal venía á ser algo parecido á una situación como la del tiempo de Fernando VII, y hemos dicho mal: los conservadores quedaron muy por bajo de aquel rey.

En el año 1823, al regresar Fernando VII de Andalucía, varios obispos trataron de dirigirle una solicitud pidiendo el restablecimiento de la Inquisición, y empezaban de este modo:

«Como centinelas avanzados de Israel, etc.

Y Fernando VII contestó:

«Hágasele saber á esos diocesanos que su misión es orar y la mía gobernar el reino; que no consiento se mezclen en lo que no les atañe, y si vuelven á reincidir, les mandaré á Israel para que allí sean verdaderos centinelas.»

Esta contestación de un déspota como Fernando VII era para los conservadores del último tercio del siglo XIX casi un sacrilegio; así es que fueron en sus concesiones, en sus complacencias con la teocracia, que es el absolutismo, que es el carlismo, mucho más allá que el tirano de 1823, dando á la Europa civilizada el triste espectáculo de un gobierno que frente á la salvaje guerra de exterminio fomentada y sostenida por el clero, doblaba la frente ante el ultramontanismo, consentía que fuesen condenados como criminales violando el Código los que no se descubrían al paso de una procesión, que se multase á los dueños de fábricas y talleres por trabajar en día festivo, que se hiciese la apología de la guerra; oía pacientemente circulares del Nuncio contra el programa del propio poder y sufría sin atreverse á imponer correctivo que, contra toda justicia, contra todo derecho y con infracción notoria del texto escrito de la ley, la ingerencia de la curia romana al reclamar la causa formada al obispo de Urgel por asesinato del cura Carreras.

Y por si todo esto no fuera bastante, la prensa del gobierno, como si obedeciese á una consigna, llegó en su aberración á disculpar, á disculpar? á absolver al carlismo cuando éste arreciaba en su resistencia; y tuvo la osadía inculcable é inaudita de considerar como *baluarte de las clases conservadoras, grandes fuerzas monárquicas, elementos sinceramente religiosos*, á aquellas huestes de sanguinarios bandoleros que habían sido el escándalo de Europa y la afrenta del siglo por la espantosa serie de sus bárbaros crímenes; y á quien después un ministro de los jesuitas, Pidal, tuvo el cinismo de llamar en pleno Congreso, *honradas masas*.

Y por toda justificación á esta audacia anti española, se decía que la insurrección carlista había sido sólo la protesta contra la revolución, sin acordarse de San Carlos de la Rápita y de los preparativos desde larga fecha; sin tener en cuenta que, proclamado don Alfonso, la guerra continuó y jamás don Carlos pensó en renunciar á lo que él llamaba su derecho.

De acuerdo con este proceder, los párrocos que habían estado en la facción ocuparon nuevamente sus puestos cobrando los atrasos, y así se depositó en el seno de la organización política el germen de una nueva guerra; así quedó conservado el canuto de esa langosta que es preciso desenterrar y destruir antes de que se avive y pueda volar, para llevar otra vez la desolación, el espanto, la ruina y el duelo á todos los ámbitos de la península.

Los partidos de la restauración cosechan hoy lo que han sembrado: encárguese la nación de

quemar la cosecha y acabar del todo con los sembradores.

SERMONES POLÍTICOS

Parece ser que el señor conde del Valle, delegado de don Carlos por estas tierras, ha dado órdenes para que se active la campaña electoral. Muy en su derecho estaría el señor conde si esas órdenes hubiesen sido dirigidas á sus correligionarios civiles; pero lo verdaderamente extraño es que las haya dirigido, según el rumor público, á los curas párrocos que profesan ideas carlistas. ¿Acaso el delegado de don Carlos tiene también poderes del obispo de la diócesis para dirigirse á los clérigos? Y no teniéndoles, como seguramente no los tiene, ¿no cree el señor obispo que es llegada la hora de que intervenga, poniendo término á la intrusión de los sacerdotes en la política y de los delegados de don Carlos en el orden eclesiástico? Vea S. I. que, aun siendo inesacto que el señor conde del Valle haya dado el paso que se le atribuye, es necesario que, por modo claro é indudable, se fije el criterio al cual deben de ajustar su conducta los clérigos que dependen de la autoridad diocesana.

Interín esto no se haga, habrá motivo para decir que una parte del clero guipuzcoano se halla supeditado á las pasiones de bandera, y que se consiente el escándalo de que las iglesias, lugar de recogimiento y de oración, estén convertidos en clubs políticos, desde cuyas tribunas se excitan las pasiones de los afiliados al carlismo.

Así hizo el otro día el cura de Elgueta, don Fernando Uranga, á luego de recibida la orden del señor conde del Valle. Mezclando en su discurso Francia y España, la fe y las elecciones, dijo á sus gentes que Francia estaba perdida, porque no tenía ideas religiosas y estaba entregada al libertinaje; que también en Elgueta había quienes opinaban como los franceses y combatían la fe religiosa; que rogaba á los católicos que sin vacilaciones de ninguna clase apoyaran en las próximas elecciones la candidatura defendida por el Ayuntamiento y por otros hombres honrados del pueblo, y desatendiesen el consejo de quienes sostienen doctrinas contrarias á la fe.

El sermón político del cura de Elgueta es una glosa, mejor ó peor hecha, de *El Fuerista*, que debemos sumar á las hechas por otros clérigos. Por ser uno más de la serie, tiene una significación que no escapará á la penetración de quienes se hallan en la obligación, por deber como por conveniencia, de procurar la paz de las almas, evitando luchas religiosas que en los pueblos de corto vecindario son ocasionadas á males gravísimos, y que en lo porvenir pueden traer males más graves todavía, encendiendo la no bien apagada hoguera de nuestras discordias civiles.

No pueden alegar ignorancia de los hechos las autoridades eclesiásticas, como no puede alegarla el gobierno. Desde la tribuna parlamentaria y en reciente discusión, que tuvo grande resonancia, proclamáronlo muy alto los representantes de este país. Además, no pasa día sin que la prensa revele algún hecho nuevo. ¿Qué razones pusden motivar la apatía de las autoridades á quienes está cometido el remedio del mal? Pregúntenselo los diputados de Guipúzcoa al ministro de Gracia y Justicia.

(*La Voz de Guipúzcoa*, San Sebastián.)

LA REALIDAD

Dejémonos de cuentos. El Papa dirá lo que quiera sobre los carlistas; algunos obispos lo imitarán; pero curas y frailes harán lo que les dé la gana.

A los comienzos de la primera guerra dieron pastores excitando á la paz y prestaron sumisión á Isabel II, Dionisio, obispo de Gerona; Juan, de Solsona; Basilio Antonio, de Ibiza; Pablo de Jesús, de Vich; Fray Antonio, obispo abad de Alcalá la Real; el obispo de Tortosa, el de Sigüenza, el de Pamplona, el de Segovia, y el arzobispo de Burgos.

¿Y de qué sirvieron esas pastorales? De nada. Curas y frailes siguieron trabajando por don Carlos.

Copiaremos como curiosidad histórica algunos párrafos de ellas.

De la pastoral de Dionisio, obispo de Gerona, publicada el 15 de Diciembre del 33:

«Mis amados hijos en el Señor: Es tal vez llegado el caso de que hombres desleales intenten seduciros excitándoos á la rebelión... No ignoráis que la caridad fraternal debe ser nuestra divisa, y que para optar á esta gran dicha es indispensable nuestra sumisión al orden establecido por la Providencia, obedeciendo en todo lo que mira al orden civil á las potestades superiores.»

El prelado concluye, según el extracto publicado en la *Gaceta* de 2 de Enero de 1834, llamando á sus feligreses «á la paz, á la caridad y al acatamiento á las leyes.»

De la pastoral del arzobispo de Burgos, fecha 23 de Diciembre del 33:

«La obediencia á las autoridades es un precepto gravísimo repetido en muchos pasajes de la Sagrada Escritura, observado por el mismo Jesucristo, no porque estuviese sujeto á él, sino para darnos ejemplo... El que resiste á la potestad contraria á la ordenación de Dios y fabrica su propia condenación, por lo que estamos obligados á obedecerla, no por temor del castigo, sino por obligación de conciencia.»

Del sermón predicado en Diciembre del 33 en Córdoba por el agustino fray Luis Niveduat con motivo de la proclamación de Isabel II:

«¡Qué horror no deben causarnos los hombres que, bajo pretexto de hacer cesar los males de la religión, que no existen, se atreven á insurreccionarse contra la autoridad! Hombres de poca fe, les diría yo, aun dado y no concedido lo que suponéis, ¿quién sois vosotros para venir en ayuda del Todopoderoso? ¿Creéis que vuestro brazo le será necesario para ello? ¡Insensatos! La barca de Pedro no está agitada entre los españoles, ni tampoco amenaza naufragio; y aun cuando sus fundamentos se conmoviesen, jamás os sería lícito apelar á la revolución para su socorro ni defenderla por medio de un crimen. Así, pues, anatema á vuestro celo sedicioso.»

De un sermón predicado por el cura de Pedroneiras en Diciembre del mismo año:

«Para nuestra confusión vemos á hombres impíos que con el mayor esfuerzo procuran quitar la concordia de la tierra, desterrarla de entre los cristianos, é introducir la guerra civil con pretexto de amor al orden, que ellos perturban, y de celo por la patria, cuyas entrañas despedazan. Esta clase de gentes quiere disponer á su antojo de la autoridad pública para hacerla servir á su propia conveniencia.»

«Amados fieles; contra estos enemigos, que con capa de religión y de realismo intentan seduciros, se dirigen mis exhortaciones. ¡Llamaremos cristianos á los que desobedecen los preceptos del Evangelio que manda la obediencia á las leyes y quebrantan los vínculos de unión fraternal que nos ligan á nuestra cabeza Jesucristo!... Semejantes seres son el oprobio de la humanidad: la religión los detesta y la Iglesia no los reconoce como hijos.»

Todo eso no tiene vuelta de hoja. Pues bien; á pesar de eso, la mayoría del clero se lanzó á la lucha, ya franca, ya vergonzantemente.

Esta es la realidad. Y los que creen que ahora va el clero á hacer caso al Papa, creen... una papa.

EN GUARDIA

Parece que don Carlos encargó hace poco á un personaje de su confianza, perteneciente á la aristocracia romana y pariente suyo, que formulara ciertas protestas de respeto y sumisión en el Vaticano.

El emisario no consiguió ser recibido en audiencia por el Papa, pero este encargó al cardenal secretario que le contestase en frases que se pueden resumir del siguiente modo:

«Las dolorosas pruebas porque en la actualidad está atravesando España, le inspiran la creencia de que su deber es excitar á todos los patriotas á la concordia, único medio para que se levante de su prostración el país.»

El personaje aludido volvió al Vaticano al cabo de algunos días y dió cuenta de la agitación del clero carlista español, que él juzgaba peligrosa para la tranquilidad pública. Informado el Papa, dispuso que se contestara al representante de don Carlos con las siguientes palabras:

«Confío en la disciplina del clero católico y cristiano.»

Así lo ha dicho *La Correspondencia*, que debe estar bien enterada; y si, como suponemos, eso es cierto, hay que admirar, por una parte la habilidad del Vaticano al no comprometerse hablando con claridad; por otra la candidez que revela al excitar á los carlistas á la concordia; y por último, la confianza que tiene en la disciplina del clero.

A los liberales no pueden satisfacer ni servirles de tranquilidad las palabras del Papa; hay que atenerse á los hechos, y los hechos dicen que la milicia negra ha tendido sus redes por todas partes para ayudar á la acción guerrera del carlismo clerical.

Si no fuera un hecho evidente y palpable, nadie creería posible que al expirar el siglo XIX España fuese, por sus manifestaciones ostensibles, la nación teocrática por excelencia. No se sueña mas que en peregrinaciones, milagros y devociones nuevas. Se multiplican los conventos, el jesuitismo construye edificios cual si pretendiese con ellos hacernos ver su opulencia y poderío, formando triste contraste con la miseria general y llevando el ultraje hasta poner esos edificios bajo la protección extranjera, como haría cualquier capitalista que fuera á emplear su dinero en tierra de ladrones. Pero no paremos mientes en lo que se ve, sino lo que está dentro, en lo que vive latente en esa obra laboriosa de los expulsados por Carlos III, en lo que se esconde porque no podría vivir á la luz ni resistir al empuje de la opinión liberal.

No hay hogar de que el clericalismo no se haya apoderado, á pesar de que muchos se creen emancipados de la tutela teocrática por que no ven al cura sentado á su mesa ni invadiendo la casa. ¡Incautos! El cura no necesita ir á la casa para apoderarse de los que en ella viven; y hoy, sin darse cuenta de ello, los que más blasonan de independientes creyendo de buena fe poder hacerlo, están cogidos por el clérigo, y por cogidos donde más pueden obligarle: por la esposa, por la hija, por la madre y aun muchas veces por el hijo, para que sea más triste y vergonzoso el servilismo.

¿Que no? Fijense en esto. El adorno predilecto para la mujer no es ahora el lazo que realza con su color la garganta, ni el collar de piedras preciosas que deslumbra; hoy cuelgan de su cuello las mujeres un verdadero bazar de medallas; y en el alfiler, y en la sortija y en las pulseras ostentan como dijes preferidos, emblemas y signos del culto: la medalla con la imagen de un santo, la cruz...

Esto no es sólo una imposición de la moda; es la señal, el distintivo para reconocerse y contarse. El estampido del cañón, el olor de la sangre, el horror de nuevos desastres vendrán á decirnos en día no lejano que esa moda no era más que el preludio de una nueva edición, corregida y aumentada, de las horribles tradiciones de la teocracia en España, que está hoy en pleno dominio.

No ejerce aparentemente el gobierno, pero domina, porque se ha apoderado de nuestro espíritu al apoderarse de todo lo que más puede influir en nosotros, ora para arrastrarnos en dirección determinada, ora para contenernos, ya para dificultarnos la acción en la hora en que pretendamos sacudir su yugo.

Sabe demasiado el jesuitismo que hoy no puede hacer cara á cara la guerra á la sociedad moderna: además que nunca ha sido ese su sistema. Pero esas procesiones, esas romerías, esas asociaciones devotas, la generalización del escapulario y de los dijes emblemáticos, son manifestaciones de su labor subterránea.

¿Quién será tan necio que crea que don Carlos se mueve confiando en sus fuerzas, ni que, si fuera así, habría quien por él empuñase la espada? No; don Carlos vuelve á sus andadas y los corifeos del carlismo se agitan, porque han recibido ya la palabra de orden, porque creen que el terreno está preparado,

que el estallido de la guerra nos va á sorprender desprevenidos é inermes porque durante los últimos años se ha trabajado con ahínco para reducirnos á la impotencia.

Es preciso que toda la prensa liberal dé la voz de alerta; que España abra los ojos y se aperceba á la lucha y se defienda. Porque, tengámoslo entendido, que así lo da también á entender el enemigo en el cuidado que pone en asegurar el triunfo; la teocracia juega la última carta; la lucha que se aproxima será la decisiva.

España es el campo elegido para que riñan la última batalla la civilización y la barbarie, la libertad y la tiranía, la democracia y el absolutismo; y ningún hombre que quiera vivir libre y honrado debe dejar de acudir á su puesto ni consentir que el enemigo le desarme á traición y le imposibilite arteramente antes del combate.

EL BANDOLERISMO CARLISTA

La ramera más degradada y envilecida que hiciera alardes de honestidad y de pudor, no podría inspirarnos tanta indignación como oír hacer alardes de patriotismo á los que en dos guerras criminales cometieron los hechos más horribles, asesinando lo mismo al inocente niño que á la joven doncella y al anciano decrepito, y empleando para su obra de infame destrucción tan pronto el veneno como el puñal y la tea incendiaria.

Los que arruinaron á la patria con esas guerras y además deshonraron el nombre español con crímenes que avergonzarían á las hienas; los causantes de nuestro atraso, necesitan estar poseídos de un cinismo incomprensible, aún en los seres más degradados y abyectos, para protestar á nombre del patriotismo porque á las Antillas se hayan concedido las reformas autonómicas.

Protesten en buen hora de ellas esos sectarios de la causa de la barbarie, pero no á nombre del patriotismo, que en sus labios resulta la mayor de las profanaciones, sino á nombre del poder absoluto que defienden, á nombre de un pasado odioso, muerto para siempre.

¿Patriotismo?

Los que si pudieran pondrían en el trono de España al más degradado de los hombres, al padre vil que hace pública la desgracia ó la deshonra de su hija, ¿qué clase de patriotismo pueden tener?

Los que no se conmueven ante los horribles crímenes de sus propios correligionarios, cometidos á la sombra del pendón, carlista y en nombre de ese pendón, los que levantarían una horca en cada esquina y encenderían en cada plaza una hoguera y despojarían á España para exterminar á los liberales de todos matices convirtiéndola después en la cafrería de Europa, ¿qué entienden por patriotismo?

¿Patriotismo los carlistas! ¿Pobre España si estos patriotas estuvieran aquí en mayoría!

No ha tenido, ni tiene, ni tendrá la patria mayores enemigos. ¿Qué les importa á esa gente que Cuba se pierda después de arruinarse la metrópoli? ¿Qué les importa á ellos que se conceda la autonomía? ¿Pueden ni llamarse españoles los que están tramando nuevos planes para convertir de nuevo á España en teatro de otra guerra civil?

Buscaban un pretexto para lanzarse á la montaña y creen haberlo encontrado y que han de servirles sus invocaciones al patriotismo para aumentar el número de sus adeptos.

Ya tardan.

Más pronto ó más tarde ha de resolverse en definitiva esta cuestión.

¿Creen llegado el momento oportuno? Basta, pues, de profanar un nombre que sale manchado de sus labios; basta de amenazas ridículas. ¿Tiene organizados sus batallones el bandolerismo carlista? Muchos miles de nuestros soldados han muerto en Cuba y Filipinas; allí hay doscientos mil hombres luchando por la

patria, de los cuales, por poco que dure la guerra, morirán muchísimos, regresarán muy pocos; la nación está empobrecida, arruinada, desangrada. Fieras, ¿os es propicia la ocasión? Pues á la montaña y terminemos pronto. Vuestro exterminio se impone en nombre de la civilización, en nombre del progreso y en nombre de ese patriotismo que invocáis.

Mejor hoy que mañana. Liquidemos de una vez

(El Pueblo, de Valencia)

ENSEÑANZAS DEL PASADO

Ahora que está España llena de conventos, véase cómo las gastan los frailes.

El Subdelegado de Fomento de Salamanca decía en comunicación al gobierno en 12 de Febrero de 1834:

«Cuando en el parte que escribí ayer á V. E. dije que se notaba movimiento entre los agentes carlistas, no podía figurarme que estuviese tan cerca de abortar el plan más ridículo que han concebido los hombres. El hecho es el siguiente: Unos 20 ó 30 frailes franciscanos, la mayor parte procedentes de dos conventos de la misma religión existentes aquí, se reunieron en un sitio llamado la Percanta, entre dos y tres de la tarde. Allí se entregaron á excesos, gritos sediciosos é insultos, y por último, principiaron á disparar piedras y á perseguir á algunos vecinos que se acercaron á reprenderles. Sería el anochecer cuando se formalizó algo la reyerta con los paisanos, mas la aproximación de la fuerza disolvió aquella reunión. No satisfechos los religiosos con este primer escándalo, se dirigieron á la ciudad, y se presentaron de repente entre ocho y nueve de la noche, formando grupos de unos ocho ó diez, el uno de ellos en la plaza Mayor, continuando sus hazañas del día con haber acometido á un artillero indefenso, á quien hirieron con un estoque en el brazo. La autoridad que vigilaba, llegó inmediatamente, presentándose el primero el alcalde ordinario del cuartel de San Martín, mas fué acometido y atropellado por los frailes. El pueblo entonces, indignado de que estuviesen tan á deshora fuera de su convento, tomó parte, y hubiera dado fin de los perturbadores, si la intervención de las autoridades superiores y la presentación de los urbanos no les hubiera salvado de la muerte inevitable. Los frailes se resistieron á la justicia, mas en el acto fueron hechos cinco prisioneros, fúgándose los demás por otros puntos. A las diez de la noche se hallaban todos presos en la cárcel pública y registrados los conventos sospechosos. Mientras esto sucedía, otro grupo de ocho ó diez frailes, como á las nueve de la noche, validos del corto número de gentes que transitaban por la calle del Prado, dieron gritos de ¡Viva Carlos VI!, y se ocultaron en su convento que estaba próximo. En la fuga arrojaron los frailes varias armas y todavía se les encontraron después algunas navajas de uso prohibido.»

Amados oyentes míos en el Señor... Progreso: donde quiera que veais hacer eso, ó cosa parecida, á los frailes de hoy, ensayad en sus seráficas personas los adelantos modernos en la industria de las armas de fuego; y después, y con el mayor orden y compostura, coged unos cuantos cartuchos de dinamita, simpático descubrimiento de la ciencia tan abominada por el clero, y volad el nido en que se alberguen.

Con tan sencillo procedimiento alcanzaréis dos cosas: primera, salvar aquí abajo la libertad; y segunda, anticipar á tan piadosos varones la salvación allá arriba, por la que con tal ansia y constantemente suspiran. Amén.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

No se concibe que ninguna persona decente, aun siendo partidaria decidida del absolutismo, pueda ser carlista.

Para seguir á don Carlos se necesita ser imbécil, buscavidas ó criminal. Imbécil, el que crea que puede ser la salvación de España; buscavidas, el que se una á él para medrar; y criminal, el que busque en su triunfo lo que dignamente no hallaría en otra parte.

Es imposible que ninguna persona honrada, por fanática que sea, pueda estar al lado de ese hombre conociéndole, y menos aun ninguna persona seria.

Tan aparatoso es, tan teatral, tan sacamuelas, que si no resultaran manchados de sangre, producirían sus actos gran regocijo.

Véase cómo describe un escritor imparcial su entrada en Estella:

«Avanzó por el camino que le habían allanado sus partidarios, haciendo voltear todas las campanas de

las iglesias del tránsito, y enronquecer todas las voces de sus satélites que le victoreaban; hubo palomas, y versos, y doncellas vestidas de blanco, y aquel iluso Pretendiente á una corona que el país le negaba negándole su derecho; aquel hombre que hacía sus solicitudes á tiros, que alumbraba su camino con el incendio de las poblaciones liberales, que felicitaba á sus partidarios y premiaba con grados militares la destrucción de una vía férrea, el rompimiento de un puente que muchas veces era un monumento histórico, el saqueo y la matanza de una ciudad; aquel hombre, en fin, no advirtió que carecía de los principales dotes que requiere el oficio de rey, y que es un sendero torcido para llegar hasta una corona el empezar por destruir allí donde se debe edificar, el blandir el puñal del odio y la tea del incendiario en vez de empuñar la espada de la justicia y dejar que ondee en el viento la bandera de la paz.

«Todo esto lo desconoció don Carlos, así es que soñó con un triunfo imposible, parodiando una corte bufa, que no la hubieran querido para sí durante la dominación árabe nuestros reyes de Taifas. Quiso parodiar á Sardanápalo, y á última hora le faltó el valor para envolverse en su manto y morir en la pelea.»

Bien dicho está eso; ¿pero qué le importaba á don Carlos lo que de él se dijera, pudiendo hacer lo que le acomodaba? ¿Qué el honor y la fama, si satisfacía su deseo de pasar por rey entre ríos de sangre y mares de lágrimas al siniestro resplandor de pueblos incendiados? ¿Qué el ridículo, si tenía un escenario, grande ó chico, donde representar sainetes bufos, mientras sus partidarios eran protagonistas de tragedias tan sangrientas como criminales?

Hay que insistir mucho en lo farsante que es don Carlos.

Mientras sus partidarios se batían y sufrían grandes privaciones, él, cómodamente albergado y con un caballo siempre dispuesto para huir en caso de apuro, se entretenía en vestirse de gran uniforme é ir con mucho aparato y solemnidad á la iglesia, donde todos los días se celebraban procesiones.

En la perpetrada en Noviembre de 1873 para nombrar á la Virgen general en jefe de aquellas hordas, lo ridículo llegó al colmo. Don Carlos ataviado con manto imperial, que llevaba con la misma prosopopeya que un cómico de la legua, subió al altar mayor, le quitó á la Virgen la corona de estrellas y le puso en su lugar una boina carlista, colocando en los brazos del niño la credencial que acreditaba el nombramiento.

Toda la Corte de sinvergüenzas presenció la escena, que recordaba las ceremonias de los salvajes que describen algunos viajeros. Y nada en verdad tan lógico; ¿quien más salvaje que el carlista?

Hasta el extranjero llegaron las mamarrachadas de don Carlos.

L' République Française, en una correspondencia que le remitieron desde Bayona, hizo esta pintura del cuartel real carlista:

«Don Carlos juega al monarca. Tiene una corte con toda su larga serie de funcionarios; así Valdespina, bien conocido por su completa sordera, usa oficialmente el título de *mariscal de Palacio*.

«Cuéntanse sobre 150 jóvenes, muchos de entre ellos nobles franceses, y 18 grandes de España que pululan constantemente al rededor del rey; están destinados á formar un cuerpo escogido de alabarderos, que no ha podido organizarse todavía porque todos desean ser oficiales y nadie consiente en ser simple guardia, habiendo á menudo serias discusiones por cuestiones de etiqueta y prioridad.

El bello sexo está representado por doña Blanca de las Nieves, que decididamente es la legítima cuñada de don Carlos. Los 150 valientes que he citado se manifiestan muy constantes y atentos cerca de esta señora, que es muy linda y un poquito coqueta.

Todo este diluvio de gentes toman por lo serio sus papeles y usan de pomposos títulos correspondientes á otros tantos fantásticos empleos.

Una nube de curas de todos géneros y tipos sobresale por todas partes; así es que todo el mundo asiste diariamente á misa y al rezo de todas las oraciones imaginables.

Una carta escrita en Logroño por una persona imparcial, ilustradísima y que estaba al corriente como ninguna otra de cuanto ocurría entre los carlistas, decía entre otras cosas, hablando de la acción de Puente la Reina:

«El Pretendiente no salió de Estella el día de la batalla, siendo una pura fábula lo que dice *El Cuartel Real*, y de lo que se han hecho eco algunos periódicos de Madrid, de que asistió al combate y cayó una granada á sus pies. Lo único cierto es que le tenían

preparados y ensillados tres magníficos caballos para emprender la fuga si las cosas tomaban mal cariz.»

Quería sin duda justificar la frase valerosa que lanzó el 24 de Abril del 72 en una proclama:

«La obligación del rey es morir por su pueblo ó salvarle.»

«Juro que salvaré al pueblo español ó moriré con él.»

Su cobardía llegó á tal punto que, como hemos dicho, no se atrevió á volver á España hasta que ya llevaban sus partidarios catorce meses en el campo.

No pudiendo explicarse algunos la causa de aquel eclipse de su rey, mientras ellos hacían supremos esfuerzos en pro de su causa y su propia cuñada estaba al frente de fuerzas armadas, inventaron la siguiente anécdota, para embaucar á los tontos.

«Don Carlos no existe, decían; el pobre dió con sus huesos en tierra cuando lo de Oroquieta y no volvió á levantarse. El secreto de su muerte ha sido guardado por las pocas personas que lo sabían, y la presencia de don Alfonso ha hecho resaltar más la ausencia de don Carlos. No tienen, pues, razón los que le han dirigido las recriminaciones y hasta los insultos más ofensivos.»

Muchos carlistas creían esto, porque no se explicaban cómo, si don Carlos no murió del susto en Oroquieta, no había entrado ya en España á recibir otro nuevo.

Más tarde, en Abril de 1874, y obedeciendo á esta misma idea, corrió el rumor entre los batallones carlistas, guipuzcoanos y navarros de que el don Carlos de Somorrostro no era el don Carlos de Oroquieta.

En cuanto llegó el momento de correr, pudieron convencerse de que era el mismo.

El valor de don Carlos se hizo en la última guerra proverbial entre sus soldados. Un prisionero carlista á quien preguntaron un día en el campamento liberal que en dónde se metía su rey cuando había algún combate, contestó:

«¿Quién? ¿el zapatero? Ese señor siempre anda huido. Ni él ha visto las balas, ni nosotros á él.»

¿El zapatero? No estaría mal puesto el mote, si los zapateros no tuvieran perfecto derecho á ofenderse por la comparación.

A lo mejor su miedo adquiría las proporciones de la epopeya.

Al llegar á Estella después de las jornadas de los días 25 de Junio y siguientes, sólo se le ocurrió, para justificar su ausencia del peligro, publicar una alocución en la cual se leían estas palabras:

«Vosotros os estáis matando por mí, y no dejáis que me bata por vosotros.»

Esta sola frase bastaría para inmortalizarle como cobarde, si no hubiese lanzado tantas del mismo calibre y no tuviera en su hoja de servicios tantos hechos en consonancia con esa frase.

En Marzo de 1875 escribió á *Le Soir*, periódico de París, su corresponsal en Navarra:

«Don Carlos se levanta á las doce. Después almuerza, habla, recibe, y sobre todo se asoma al balcón con frecuencia hasta la hora de paseo.

Su placer favorito es fatigar á sus ayudantes, obligándoles á galopar cinco ó seis horas y reventar caballos en estas vertiginosas expediciones.

Sólo desde que tiene á Mogrovejo á su lado habla algo de la guerra y lee las comunicaciones que le envía de Madrid, desde hace poco, un grupo de disgustados, asociados á unos cuantos ultramontanos recalcitrantes.

Apenas despacha con sus ministros sino lo más urgente, preocupado como está siempre con escribirse los reclamos que le dedica *El Cuartel Real*.

Al volver de paseo se sienta á comer con sus ayudantes, y la comida es animada y alegre. Allí se habla, se murmura, se cuentan cuentos de todos colores, se hacen equívocos y se come y se bebe bien.

La sobremesa dura mucho; se pasa después al salón, y á las doce, la una y á veces á las dos de la madrugada, van desfilando los palaciegos. Entonces es cuando el rey y su ministro del Interior se quedan solos con los servidores más próximos á la real persona y acaban la noche más alegres aún.

S. M. se acuesta á las tres ó las cuatro, y al otro día vuelta á empezar.»

Don Carlos va á Bucarest, capital de Rumania, huyendo del coronel Petroviano, y allí conoce á una señorita á quien hace magníficas promesas, pero que luego se enfria, porque en vez de rubia, era morena.

La señorita le propone hacerse rubia de la noche á la mañana, y don Carlos halla la propuesta tan graciosa, que la acepta, ofreciendo cumplir sus promesas y pagar el gasto, en total 4.000 francos.

Un gran peluquero de la ciudad pinta de rubio á

la joven por 800 francos, según ella dijo; pero don Carlos sólo le dió 1.000, alegando que tenía que cobrar unas letras, pero con el caballeroso propósito de no cumplir el contrato.

Las mujeres de Bucarest son muy listas, y la *morena-rubia* no era chica para dejarse burlar de un hombre como don Carlos. Conociendo su intención tomó precauciones é informes; supo el día que iba á partir para Viena, que recibiría á algunos curiosos de Bucarest, é iría á despedirse de la princesa soberana de Rumania, que ya le había señalado hora. Y va y qué hace. Se levanta muy de mañana, á la hora en que don Carlos dormía como un tronco; toma la régla dentadura postiza que el Pretendiente al acostarse dejaba siempre encima de la cómoda, y sale del hotel, que era nada menos que el *gran hotel del Boulevard*.

Don Carlos se levanta y empieza á lavarse y vestirse para recibir á los curiosos y hacerse conducir al palacio de la soberana. Llega el momento de ponerse la dentadura; manda al criado que la traiga creyendo que la había sacado á limpiar, según costumbre; pero el criado contesta que, no habiéndola hallado, creyó que S. M. no se la había quitado.

La sorpresa y el estupor de don Carlos son grandes. Ordena en seguida que se busque, y al ver que no se encuentra, cae en la cuenta de lo que verdaderamente había ocurrido. Asustado y furioso hace llamar á la camarera para que vayan corriendo á casa de la fugitiva; pero la camarera, que le ve con la mala figura que hacía sin dentadura, apenas puede reprimir la risa; y así que le oye contar con la voz gangosa y tartamuda del que no tiene dientes la jugarrreta de la aventurera, se echa á reír como una loca, y no pudiendo contenerse, huye de la estancia, corre á referirlo á los demás camareros, prorrumpen éstos en la misma risa, circula la noticia entre los huéspedes del hotel, causa en todos el mismo efecto, y algunos minutos después, rusos, ingleses, franceses y rumanos, todos reían como unos locos, ponderando el ingenio de la taimada y los apuros del famoso Pretendiente.

Entretanto llegan las visitas de despedida y preguntan por don Carlos; la servidumbre no sabe qué contestar; él patatea gritando con su voz tartamuda que busquen á la fugitiva, porque se acerca la hora de ir á palacio y le es imposible presentarse sin dientes. Todos corren y ríen, y nadie sabe cómo salir de aquella escena.

Al fin se despide á las visitas pretextando que el señor está indispuerto, envíase la misma excusa á la soberana de Rumania, y se busca á la señorita para que devuelva la dentadura; pero ella no quiere hacerlo sin recibir antes los 3.000 francos, y el Pretendiente, mal que le pese, tiene que entregárselos sin faltar un céntimo.

El mismo día toda la ciudad sabe este sainete, y no es posible describir las risas con que se cuenta en hoteles, en cafés y en palacios. Los oficiales rusos y rumanos lo escriben á sus amigos del ejército de operaciones como unas de las cosas más divertidas; circulan estas cartas por los vivacs, y causan gran explosión de risa. Cuando llega el hecho á oídos del príncipe soberano de Rumania, exclama gravemente: «Se comprende que el conde de Chambord, que es un gran caballero, tenga partidarios; pero que los tenga don Carlos, es completamente inexplicable.»

Otro incidente sainetesco indecente.

Es tan cobarde, que tiene miedo de dormir á oscuras. Si despierta y no ve luz da grandes voces espantado, llamando para que corran á encenderla. Esta circunstancia dió lugar en Viena á una escena chistosa.

A los comienzos de sus relaciones con la Samoggy, le daba cenas en un hotel, convidando á la celestina Hannover y otras señoras de igual categoría. Se presentaba allí vestido de frac y corbata blanca, con la gran cruz de Carlos III y las medallas militares de Montejurra y Bilbao.

La primera vez uno de los comensales le preguntó qué medallas eran aquellas, y él contestó:

—Las medallas de dos grandes victorias que alcancé sobre los liberales.

—¿Luego V. A. mandaba sus ejércitos?

Don Carlos se pavoneó y dijo:

—Yo, yo en persona; y si me hubiéseis visto en medio de los combates, atribuiríais á milagro que no me hayan matado. Los peligros que corrí, sobre todo en la batalla de Bilbao, son increíbles. Montado en un caballo blanco, dirigía tieso, sereno é imperturbable todos los movimientos del ejército. Las balas de cañón y fusil llovían sobre mí; las granadas estallaban á mis pies; á cada instante caían mis ayudantes; seis ú ocho veces me mataron el caballo; y á pesar de los ruegos de mis soldados, que pedían llorando que me apartase del peligro, yo continuaba allí impávido, gritando: ¡por la derecha el 1.º de Alava!

¡alto y firme el 3.º de Vizcaya! ¡la bayoneta el 2.º y 4.º de Navarra!; hasta que, habiéndome puesto al frente del regimiento de caballería del Rey, en una espantosa carga puse en fuga al enemigo.

La baronesa postiza, que por ser una pobre muchacha escuchaba esto con la boca abierta, dijo entonces con la mayor ingenuidad:

—Es extraño que siendo V. A. tan valiente haya de dormir con la luz encendida, y si despierta y está apagada, se acurruque como un ovillo tapándose la cabeza con las sábanas, y llame gritando que vayan á encender la luz.

Don Carlos quedó suspenso y corrido, y los comensales iban á soltar una risotada, cuando madama Hannover, mujer experimentada é imperturbable, conteniéndolos con la mirada, dijo:

—Esto, baronesa, no tiene nada de particular, porque no es más que una afección nerviosa. Así como hay gente que ha de llevar anteojos verdes ó azules por no poder sufrir la luz, así S. A. necesita luz de noche, porque su temperamento no puede sufrir las tinieblas.»

¡Y á un hombre así le llaman rey los carlistas y se disponen á dejarse matar por él! Esto se llama suicidarse... en burro.

Todos le conocían, pero doña Margarita, como era natural, más que nadie.

Cuando don Carlos fué desde Nueva York á Méjico sin avisarle, dijo que no le chocaba la falta de atención con ella, si no el que no se hubiera hecho mormon.

Corrió la oportuna y sangrienta frase entre los legitimistas, y en todos los salones del barrio de Saint-Germain se divirtieron á costa del Chapa una semana.

DISPAROS

Todas las clases sociales, en más ó en menos, hacen algo por los soldados de Cuba: únicamente el clero saca partido de ellos.

El día 18 del mes pasado falleció en Zamora un infeliz que llegó extenuado, anémico, de la campaña; se llamaba Francisco Pegue García y era natural de un pueblo de aquella provincia.

Las autoridades organizaron un entierro oficial y la población toda se asoció al duelo, poniendo gratuitamente su trabajo cuantos había necesidad de que lo prestaran. Sólo el cura Valentín García, dependiente de la Diputación provincial, cobró heroicamente el que prestó.

El 26 murió el soldado Santos Domínguez Fidalgo, natural de Zamora, también recién llegado de Cuba, y el cura del arrabal de San Lázaro, Pedro Díez, cobró íntegramente sus derechos, sin perdonarle ni un céntimo á la pobre familia.

Repetimos hoy lo que hemos dicho varias veces: la guerra de Cuba, como la de Filipinas, como todas las calamidades públicas, son fuentes de riquezas para los curas; escapularios á la ida, misas para que nada les pase mientras están allí, entierros á la vuelta... ¡Cuántas pobres madres se pasarán los días sin comer porque los curas les arrancan á pretexto de necesidades espirituales, lo que destinaban á sostener sus cuerpos, enflaquecidos y hartos de llorar por el hijo ausente ó muerto!

Hay que ir pensando seriamente en prohibir que se siga llamando al catolicismo religión de amor y caridad, como no sea de amor y caridad... para los que viven de él.

CATECISMO DE MORAL

POR

CAZALLA

35 céntimos ejemplar y 6 pesetas paquete.

De venta en Valencia casa del autor, Murillo, 101 tercero.

De venta en Madrid en la administración de El Morín.

Para los suscriptores de El Morín 25 céntimos ejemplar.

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

Van publicados ya 30 folletos.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.